

EDITORIAL

Educación y construcción de una sociedad madura

Aunque en América Latina aún no se satisfacen todas las necesidades básicas de la población, nuestros países han tenido que entrar en la lógica e interjuego de los países desarrollados. Más recientemente, con motivo del endeudamiento de nuestras naciones, las respuestas que se han dado no han sido fruto de planes nacionales de desarrollo, sino violentadas por las presiones de la organización internacional que imponen los países desarrollados.

En nuestros pueblos se hace presente una mezcla de ignorancia, incompetencia, frustración y sorpresa ante este tipo de problemas. Nuestra sociedad, al parecer, no está en condiciones para sostener negociaciones justas con los países desarrollados. Hoy por hoy, la relación es muy desigual.

Por otro lado, también en el terreno de nuestro acontecer histórico, en nuestros países nos encontramos con expresiones de organización social, que son signo claro de impugnación hacia una reestructuración de nuestras sociedades desde su interior. Este es el caso de nuestro país, México, en el que los sismos ocurridos en septiembre de 1985, hicieron aflorar una movilización social eficiente y organizada, que demostró su capacidad de responder a situaciones de emergencia (podríamos decir que la ciudadanía tomó en sus manos el funcionamiento de la ciudad de México, al menos durante los dos primeros días): la población civil se hizo cargo de la circulación de vehículos, abastecimiento de agua y alimentos, acondicionamiento de lugares para albergar a damnificados, atención médica y primeros auxilios, atención de niños, ancianos y extraviados, labores de rescate, demolición, etc. Esta participación de la ciudadanía demostró —y esto es de suma importancia—, su capacidad para generar un nuevo modo de ser sociedad.

Nuestro problema es doble: externamente nos falta identidad y fuerza, internamente carecemos de espacios y facilitadores para avanzar hacia una madurez social.

Algunos pensadores enfocan ese doble problema que hemos mencionado como “problema de transición hacia la modernidad”. Desde este ángulo se harían necesarios ajustes tanto en la relación hacia el exterior como hacia el interior de la nación. A nuestro juicio esta perspectiva corre el peligro de simplificar el problema y alejarnos de la comprensión de lo que tiene de sustantivo y esperanzador.

El problema se experimenta como conflictividad externa e interna, en la frecuente constatación de la caducidad de estructuras y políticas nacionales. Estamos colocados en la disyuntiva: conservar o transformar.

Aun cuando la capacidad de ciertas estructuras y programas nacionales de desarrollo es evidente, éstos se resisten y luchan por conservarse. Frente a ellos, desde hace al menos dos décadas, en el seno de diversos sectores sociales se viene gestando el anhelo y se va dando el esfuerzo constante por lograr una sociedad distinta, una nación nueva. Hay coyunturas, como los sismos ocurridos en México, que hacen aflorar y avanzar la organización de la sociedad.

Efectivamente se quiere una nación nueva, capaz de ser interlocutora de cualquier otra nación en foros internacionales. Pero esta capacidad no se obtiene del exterior, sino que ha de provenir, principalmente, de su crecimiento interno y de las relaciones con el exterior que tal crecimiento demande. Esta nueva sociedad supone, al menos, dos conquistas: un “estado fuerte” y una “sociedad madura”.

Obviamente no pensamos en un Estado constituido como guardián de un orden desigual, o como árbitro que se autoconsidera neutral en el conflicto social. Hablamos de otro Estado, que ha de ser fuerte.

La fortaleza del Estado residiría en su gran capacidad gestora y administradora, a la vez que en su estructuración consistente y abierta para buscar y tomar los caminos adecuados de respuesta a las nuevas necesidades que van surgiendo en el acontecer social.

Una sociedad madura sería aquella en que los individuos, libre y responsablemente, participen y sean actores en la toma de decisiones y en la vida ordinaria de una nación.

Un Estado puede pretender, o de hecho lograr, obtener su fuerza mediante la coerción. La coerción es siempre un componente básico del régimen autoritario, el cual —se reconozca o no—, supone la infravaloración de la sociedad en cuanto tal. Sin embargo, este tipo de régimen no siempre se delata por su ejercicio coercitivo. El autoritarismo, en una sociedad sometida, puede hacerse pasar como el procedimiento más adecuado para procurar y asegurar el “bienestar común” que nadie logra identificar con precisión. Este sería el caso, por ejemplo, de un Estado que quisiera estructurar una nación moderna sólo a partir de programas en microlocalidades rurales o en ciudades pequeñas, en donde los individuos no tienen mayor formación ni sentido de participación.

Una nación nueva necesita un Estado nuevo, un Estado sano. Si un Estado confía en que sus iniciativas son correctas y pertinentes, no debería haber excusa para que no exponga sus propuestas a la discusión social.

Un Estado fuerte y sano ha de ser construido por una sociedad madura, que no sólo no impide la participación de los individuos, sino que tampoco se conforma con la participación de éstos mediatizada por grupos (las “fases del fascismo”, en su sentido original que tanto se olvida). Una sociedad madura ha de evitar moverse en el ambiguo —y finalmente manipulador— camino de la “representacionalidad”. Por ello, porque existe el riesgo y la experiencia de manipulación y ambigüedad, nunca será vana la pregunta: “¿este representante a quién o a quiénes representa?”.

No pretendemos colocarnos al margen de las explicaciones macrosociales, al reconocer que la célula básica de la sociedad es la persona sana, plena, autónoma y solidaria.

De ninguna manera se identifica lo anterior con la concepción liberal (o liberal-burguesa), que entroniza a la persona —con sus “glorias” y “aberraciones”— como medida, juez y centro de la vida misma. El sujeto del que hablamos, la persona, el individuo sano, pleno, autónomo y solidario, es célula básica de la sociedad en la medida en que esté orgánicamente formando un tejido social. De hecho sólo en este tejido orgánico se es persona, y sólo cuando son personas construyen verdaderos grupos y verdadera sociedad. Sólo una sociedad como ésta puede construir su Estado y constituirse en su interlocutora permanente.

Estado fuerte y sociedad orgánica, no disociados y mucho menos antagónicos, caracterizarían el tipo de sociedad nueva que queremos construir. Si en esto consistiera la “modernidad”, ésta sería la modernidad que pretenderíamos. No es, pues, el poder acumulado ni el uso de tecnología avanzada lo que hace de una nación una entidad desarrollada o madura. Preocuparnos y ocuparnos más por la construcción de nuestros Estados y de nuestras sociedades puede, incluso, ser una tarea contestataria al camino de modernidad transitado por otros países.

En el entendido de que, efectivamente, queremos lograr una sociedad madura, constituida por personas sanas, plenas, autónomas y solidarias vinculadas orgánicamente, se nos plantea, entre otros retos, un quehacer educativo cuya realización es, además de urgente, de enorme trascendencia para la historia de nuestros pueblos.

Construir una sociedad desde la perspectiva de la educación, en cualquiera de las modalidades en que ésta se dé, supone plantear como objetivo último la real y eficaz preparación de este ser social nuevo. Sin embargo, de nada sirve plantearlo —como lo muestran experiencias previas—, si en verdad no se comprende su urgencia y su trascendencia.

El quehacer no se agota en la reformulación intencional de los procesos educativos. Estos han de ser espacios reales para experimentar y decantar, para entrenar y estrenar nuestra capacidad de hacernos cargo de nuestra historia.

Aún más, no basta con lograr estas experiencias en microlocalidades o en grupos pequeños especializados. El momento de nuestra historia reclama que estas experiencias se expandan y se articulen entre sí, generando o consolidando —según el caso— la red orgánica que construye una auténtica sociedad.

En las últimas décadas hemos venido acumulando experiencias educativas —de éxito y de fracaso— vividas en grupos pequeños y en microlocalidades o microrregiones. Estamos en el momento de dar un paso más. Este paso plantea la doble tarea de socializar la experiencia acumulada y la de articular orgánicamente a los sujetos y grupos mismos.

Socializar la experiencia acumulada supone sistematizarla, plantear ajustes y correcciones, reabrir espacios, etc. Pero el propósito no estriba en “tener más grupos” utilizando determinadas metodologías o materiales. En ese caso se caería en la multiplicación de grupos que agotan su actividad en un ámbito reducido. Lo que se pretende, no como subproducto, sino como uno de los objetivos prioritarios, es la vinculación de los grupos mismos, una vinculación orgánica que enriquezca, complemente y haga crecer a las personas y grupos desde el sitio en que están, en función de la tarea histórica.

Otro elemento del quehacer educativo es no descuidar a la persona misma. Efectivamente, habrá que generar grupos, pero no porque éstos valgan en sí mismos, sino en cuanto que sólo en ellos las personas se hacen y maduran, al irse haciendo, al irse madurando, hacen valer al grupo.

En este cuidado especial que se ha de tener de la persona y del grupo humano en que se desenvuelve, tendrá especial importancia su propia cultura. No pretendemos la producción de falanges o comunas endocrinatoras, sino la apertura y uso de espacios en los que, así como cada persona se va haciendo y madurando, la cultura vaya recreándose y reestructurando a la persona, al grupo y a la nación. En esta línea contamos con experiencias muy positivas provenientes de procesos de educación popular y de la utilización de metodologías de investigación participativa.

El quehacer educativo ha de preocuparse, en coherencia con lo anterior, por lograr la autogestión y solidaridad de los grupos constituidos en red orgánica. Cuando se vive en situaciones precarias, de no satisfacción de las necesidades básicas, cuando se vive amenazado por el hambre, por la enfermedad, por la extorsión, por la ignorancia, etc., la solidaridad y funcionamiento autogestivo de otros grupos puede ser, quizá, el único recurso para incorporar las demandas y la cultura de los grupos más deprimidos.

Podríamos seguir señalando otros elementos del quehacer educativo. Sin embargo, nos parece que ésta ha de ser una reflexión compartida de la que esta

comunicación nuestra puede haber sido el comienzo. Toca a nuestras instituciones y centros educativos, a nuestros equipos y a las personas ya congregadas en la búsqueda de una nueva sociedad, clarificar y poner a prueba este proceso de maduración. Nuestra riqueza cultural, nacional y latinoamericana, sólo florecerá en la organicidad vital de una sociedad como lo reclama nuestro momento histórico.

La tarea de construir sociedad—ir haciéndonos personas vinculadas en un tejido social— es una tarea idealista; pero su comprensión y dinamismo no se fundan en la ingenuidad, sino en la utopía que ya empezó a mover a nuestro continente.

Centro de Estudios Educativos

